



# LOS APUROS DE JUAN LANAS

## EN EL PARTO DE SU MUJER

Una noche oscura y fría  
 que diluviaba la mar,  
 volvía el pobre Juan Lanás  
 del campo de trabajar;  
 venía el hombre cansado  
 y calado hasta los huesos,  
 deseando llegar á casa,  
 pues estaba muy hambriento.  
 Llegó á su casa y ¡horror!  
 halló la luz apagada  
 y sin lumbre en el fogón,  
 sin vela, aceite, ni nada.  
 Y encontró á su esposa  
 en la cama tumbada y llorosa,

y dando quejidos  
 por placeres antaño tenidos.  
 Al ver todo aquello,  
 sin saber ¡pobre Juan! lo que era,  
 preguntóla á su esposa con mimo  
 y de esta manera:  
 —Mujer, ¿qué te pasa?  
 ¿por qué te quejas con pesadumbre?  
 levántate al punto  
 y enciende la luz y la lumbre,  
 prepara la cena,  
 y luego la cama disponme al instante,  
 que estoy muy mojado,  
 con el hambre de un pobre cesante.



El sueño me rinde  
y estoy deseando poderme tumbar.  
*¡Ay, qué nohecita para descansar!*

—  
La mujer del pobre Juan  
cuando esto le oyó decir  
contestó: Cesa en tu afán  
que creo voy á parir.  
Vete á llamar á mi madre,  
avisa á la comadrona,  
dilas que vengan á escape  
porque el parto no es de broma.  
De paso te traes aceite,  
antes llama á las vecinas,  
dilas lo que me sucede;  
mata también tres gallinas,  
y en esa botella  
de camino me comprás en ella  
un medio cuartillo  
de aquel vino del tío *Culantrillo*.  
*¡Ah! traéte de paso*  
los garbanzos, la carne, el tocino,  
una libra de buen chocolate  
de los Agustinos.  
Y no se te olvide  
comprarme bizcochos bañados,  
me traes media libra,  
mas, mira, que estén bien pesados.  
No tardes, ven pronto,  
y compra de paso los azucarillos;  
ya puedes marcharte,  
no hay más encarguillos.  
Y Juan asombrado,  
salió de su casa sin más que exclamar:  
*¡Ay, qué nohecita para descansar!*

—  
Una vez Juan en la calle  
con mucha resignación  
empezó á comprar las cosas  
que su mujer le encargó,  
y más ligero que el viento  
de un lado al otro corría,  
y acá daba un resbalón,  
y allá en un charco caía,  
y con unos tropezaba,  
y á otros les daba empujones,  
y llenos de lodo y barro

llevaba los pantalones.  
El ladran los perros  
y los chicos le tocan cencerros,  
le insultan las viejas,  
y le caen de una casa dos tejas.  
El pobre, aturdido,  
corre plazas y calles bufando,  
y su boca echa sapos, demonios  
que salen jurando;  
y sigue corriendo  
comprando lo que le han encargado,  
y lleva más hambre  
que un maestro de escuela tronado.  
La tripa vacía  
le dá de continuo mil retortijones,  
causándole apuros  
que le hacen pasar mil sudores.  
Mas... todo lo compra  
y á cada momento se le oye exclamar  
*¡Ay, qué nohecita para descansar!*

—  
Con todas las compras hechas  
Juan Lanás vuelve á su hogar,  
enciende la lumbre y pone  
el puchero á calentar.  
Va á hacerse unas sopas de ajo,  
parte el pan en rebanadas,  
pica el ajo, echa el aceite,  
y cuando todo prepara  
y se dispone á cenar  
hecho todo una persona,  
en la cocina corriendo  
penetra la comadrona;  
y le dice:—Venga,  
ni un instante, por Dios, se detenga  
y coja á su esposa,  
que la pobre se pone angustiada.  
El parto se acerca,  
pues la empiezan á dar los sudores  
y ya siente correr por su cuerpo  
agudos dolores.  
Al ver lo que dice,  
quedóse Juan Lanás yerto,  
suspira, sonríe,  
y queda lo mismo que un muerto.  
Acude á la alcoba  
y al verle su esposa da un grito,



diciéndole:—De esto  
la culpa tú solo la tienes, Juanito.  
Al oírle Juan Lanas,  
el pobre no sabe si reír ó llorar.  
*¡Ay, qué nohecita para descansar!*

—  
Viendo que ya los dolores  
no los puede resistir,  
dijo á Juan la comadrona:  
—Ya muy pronto va á parir.  
Hay que encomendarla al punto  
á la Virgen del Buen Parto,  
para que con bien la saque  
de este trance tan amargo.  
Traiga en seguida la estampa  
del bendito San Ramón,  
y encenderle un par de velas,  
que es de paridas patrón.  
Traiga el relicario  
que heredó de su abuelo Natalio,  
y el rosario rojo,  
que es regalo del tío *Paticojo*.  
La cédula escrita  
del buen padre fray Calla y Aguanta,  
que es preciso beberla mezclada  
con agua bendita.  
También un trisagio  
en este momento rezar convendría,  
y el credo, y la salve,  
y todo el rosario con su letanía.  
El parto principia  
y Juan Lanas comienza á rezar.  
*¡Ay, qué nohecita para descansar!*

—  
Después de cien mil apuros  
parió al fin una chiquilla,  
saliendo cierto el refrán:  
*Mala noche y parir hija.*  
Y dijo la comadrona  
á Juan:—Hágala que beba  
en seguida agua caliente  
y que sople la aceitera.  
Hágala que masque pelo  
en bastante cantidad  
para ver si conseguimos  
hacerla así vomitar.  
Deme las tijeras

y un hilo torcido pasado por cera,  
la faja y pañuelo,  
que ya á la parida curada la dejo,  
y cada dos horas  
la da media taza de caldo templado;  
pero es muy preciso  
que beba sin ansia, tranquila, despacio.  
Y Juan cumple todo  
diciendo el pobrete, que está sin cenar:  
*¡Ay, qué nohecita para descansar!*

—  
En un rato de descanso  
iba el buen Juan á cenar  
cuando oyó á la comadrona  
que le volvía á llamar  
diciéndole:—Es necesario  
que vaya á todo correr  
á comprar varias cosillas  
y que no tarde en volver.  
Tráigase un real de albayalde,  
jarabe de peonía,  
veinte céntimos de espliego  
y dos plumas de gallina.  
Traiga culantrillo,  
y de escozonera traiga otro poquillo.  
Después con destreza  
cogiendo á la niña la armó la cabeza,  
metiéndola luego,  
con mucho cuidado y gran disimulo,  
por ser esto cosa de gran importancia,  
un dedo en el culo.  
La envuelve en la faja,  
y á Juan se le oyó exclamar:  
*¡Ay, qué nohecita para descansar!*

—  
Al volver Juan de sus compras  
la niña estaba llorando  
y se la dió la partera  
diciéndole este relato:  
—Ahí tiene á su hermosa hija,  
que es tan gorda como un toro,  
y se parece á su padre  
en cuerpo, cabeza y todo.  
Cójala usted en los brazos  
y póngase á pasear,  
á ver si no llora tanto  
y así se la hace callar.



Porque es importante  
que su madre descanse un instante.  
Deme agua y un paño,  
porque quiero lavarme las manos.  
Arrulle á la niña  
hasta ver si consigue dormirla,  
y que deje á su madre la pobre  
que duerma tranquila.  
Y Juan obediente  
á la niña se puso á arrullar.  
*¡Ay, qué nohecita para descansar!*

En tanto la comadrona  
á Juan empezó á advertir:  
—Que no se inquiete á la enferma,  
porque se puede morir,  
pues la subirá la madre,  
y sin poderlo evitar,  
como llegue hasta el garguero  
de fijo que la ahogará.  
Y no se asombre por ello,  
que la madre es una cosa  
que las mujeres tenemos  
muy viva y muy bulliciosa.  
Tiene su figura,  
siete rabos de mucha largura  
y muy repartidos,  
y al moverla da muchos bramidos.  
Oyéndola aquello,  
lo que á Juan le sucede no acierta,  
pero está con la boca, lo menos,  
dos palmos abierta.  
Y así por lo bajo  
á cada momento se le oye exclamar:  
*¡Ay, qué nohecita para descansar!*

No teniendo allí que hacer  
la comadrona se vá,  
y las vecinas también,  
quedándose solo Juan.  
Se despierta la mujer,  
la niña llora sin tino  
y ella pide que la dé  
unos bizcochos y vino.  
A todo esto era ya  
cerca del amanecer.  
Calla á la niña, la acuesta  
y el vino dá á su mujer.  
Y aunque ya pasadas  
las sopas de ajo que están preparadas,  
se come al momento,  
y aunque el pobre está soñoliento,  
cansado y rendido,  
sirviendo las sopas de almuerzo,  
Juan Lanás se fué á su trabajo  
con ese refuerzo.  
Ya habéis escuchado  
los grandes apuros  
del pobre Juan Lanás.  
Casarse el que quiera;  
mas de las mujeres  
sabéis ya las mañas.  
Ya véis el ejemplo  
en Juan, que pensando  
poderse acostar  
pasóse la noche  
de acá para allá.  
Casarse el que quiera  
que á poco tendrá que exclamar:  
*¡Ay, qué nohecita para descansar!*

**FIN**

MADRID.—Imp. Universal, Cabestreros, 5.

EL M  
Pape  
A  
ha  
pa  
da  
lo  
he  
de

Rey  
divin